

y la corriente de las ideas contemporáneas tomada en su conjunto es verdaderamente sensualista.

Al principio de este siglo una doctrina atrevida y paradójica, hablando una lengua que nosotros no conocíamos, abrió esta nueva era de la ciencia sensual con un aparato de neologismo y una audacia de innovación, desconocida en nuestros anales filosóficos y literarios. En el fondo de aquella filosofía extravagante, cuya excentricidad solemne había excitado luego grandes carcajadas, había no obstante algo de muy serio: yo no sé qué atractivo poderoso para los corazones corrompidos y las almas afeminadas salía de aquella metafísica nebulosa y de aquella caprichosa fraseología: se percibía en ella la consagración de la vida licenciosa y la apología de la disolución. Extraviada en utopías ininteligibles, desparramada en volúmenes informes y pesados, podía resumirse aquella filosofía en algunas ideas muy accesibles hasta á los ingenios mas crasos: aquella filosofía era el placer medido por la geometría, la satisfacción de los apetitos resuelta por guarismos, el desarrollo de los instintos sometido á las leyes del cálculo; en una palabra, la ciencia del sensualismo. Armonizar las pasiones, era la metafísica; satisfacerlas, era toda la lógica; gozar, era toda la moral. Tal era aquella filosofía fabulosa, que apenas hubiera podido creerse que había salido de la cabeza de un hombre.

Mas tarde, de las profundidades oscuras de aquellos sistemas, en los qué, bajo formas científicas, se hacia ostentación de un vil materialismo, salieron por todas partes enjambres de filósofos sensuales. Los reveladores y los profetas pululaban. Todos aquellos ingenios, iluminados con los resplandores que el nuevo Mesías había esparcido por el mundo, se habian apercebido desde luego de que el cristianismo, en el desenvolvimiento de la vida humana, daba una parte demasiado grande á las almas, y demasiado pequeña á los cuerpos: los sentidos se veian humillados para la gloria del espíritu, y no teníamos ninguna consideración á la materia, ni respeto alguno á la carne. Así es, que una sola palabra reunió bien pronto todos aquellos sistemas que variaban al infinito: *rehabilitación de la carne*. Sí, era preciso restablecer la carne en su rango, su dignidad, sus prerogativas: y aquellos nuevos cruzados tomaban gloriosamente la cuchilla de su palabra y la armadura de su ingenio para rechazar las invasiones del espíritu, asegurar el

imperio de los sentidos, y devolver á la carne humana su honor y su gloria. Segun ellos decian, el progreso marchaba bajo su bandera, ellos eran nuestros redentores, y el triunfo de su doctrina era la salud del mundo.

Yo no vengo en este momento á refutar semejantes locuras, solamente hago constar su aparición. Aquellos sistemas desaparecieron: pero no olvideis, que aquellas doctrinas, al pasar por entre la generación presente, dejaron en las almas huellas profundas. Sus delirios se desvanecieron como se desvanecen los sueños de un enfermo; hasta sus formas se han destruido; y nuestra lengua, que tiene otras tradiciones, las ha anatematizado: pero su fondo ha quedado como un olor de pestilencia en la atmósfera de las almas. Y los que miran las concepciones de Fourier como momias, con las cuales la vida no tiene ya nada que ver, se equivocan en gran manera. El pensamiento de Fourier, escrito en sus libros, da que reir: el sensualismo de Fourier, que vive dentro de las almas, me da espanto. Y la razón es, que aun en nuestros dias oigo decir, que el sensualismo entra por su parte legítima en el desenvolvimiento de la vida social. Con un lirismo, que solo el sensualismo inspira, se escribe que la austeridad cristiana, que fué necesaria en un tiempo para resistir con eficacia á los excesos del materialismo pagano, debe disminuir á su vez; y que ese ascetismo lúgubre, que comprime la naturaleza bajo de una servidumbre degradante, debe retirarse del mundo moderno, para dejar pasar como un progreso nuevo el deleite de la sensación.

Despues de haberos mostrado el sensualismo en las ideas, debiera yo, para ser completo, mostrároslo en todas las artes como en su natural expresión. Vosotros veriais el sensualismo músico, el sensualismo pintor, el sensualismo escultor, el sensualismo artista en todos los géneros y bajo todas las formas. Jóvenes que me escuchais, yo me contento de decir aquí para vosotros estas palabras salidas de mi corazón: Cuando saldréis de esta austera basílica, cuidado con vuestros ojos: ahí está á derecha é izquierda el sensualismo, ese gran fascinador, mostrándoos en el prestigio del arte lo que el pudor os prohíbe mirar.

Pero yo insisto en lo que puede llamarse el arte de las artes, el arte literaria. Como era de esperar, del dominio de las ideas ha pasado el sensualismo especialmente á la literatura. La literatura de un pueblo

es, en su conjunto la expresion general de la tendencia de las almas. *El estilo es el hombre*, y la literatura es la sociedad.

¿Y quien duda que nuestra literatura, cualquiera que sea la causa profunda, está marcada con esta señal: *el sensualismo*? Ya no se pide al estilo ante todo la expresion del pensamiento ni los reflejos de la inteligencia: lo que principalmente se quiere, es el reflejo de la imágen y el estremecimiento de la emocion. Un hombre hace un libro: ¿porqué? ¿para iluminar una idea? no: ¿para enseñar una doctrina? de ninguna manera: ese hombre no tiene ninguna doctrina, y nada le interesan las ideas: él quiere llevarse las imaginaciones y los corazones á traves de un mundo ideal, construido en medio de sueños sensuales; y hace un libro, en el qué hallaréis sin variacion dos cosas: imágenes y sensaciones, sensaciones é imágenes; y ese hombre logra su intento. Es un indicio de los tiempos. Cuando querais saber el nivel moral de un pueblo y las tendencias que le son propias, ved las obras que obtienen el mas fácil é infalible suceso. Ahora bien, hay tres especies de obras, que obtienen en nuestros días los mayores sucesos, y traen á sus autores la fortuna y algunas veces la gloria, sin que tengan siquiera necesidad de servirse del talento: la *fantasía*, las *impresiones* y la *novela*, es decir, tres especies de libros, en los qué los hombres obtienen suceso sin que se requiera que tengan en su cabeza la primera cosa que se necesita para hacer un buen libro; quiero decir, una idea. ¡Ah! la razon es, que si en esos libros no se halla nada de lo que buscan los hombres serios, esto es, ideas, se halla sin embargo en ellos aquello que aspiran las almas sensuales, que es el sensualismo.

La novela, y sobre todo la novela contemporánea, ¿qué ha venido á ser sino una leccion, y al mismo tiempo una práctica sensual? Yo no citaré por prueba esos misterios de voluptuosidades, de qué se hace ostentacion algunas veces en las novelas de nuestros días. Tampoco diré como nuestros novelistas, aun los mas ilustres, han ido á recoger en los albañales de las corrupciones del siglo y en lo mas profundo de la hez del corazon humano los recursos de emocion, desconocidos de sus predecesores. Ni os hablaré de aquella aberracion fundamental, que substituye el juego grosero de los sentidos al juego profundo de los sentimientos del alma; error, que degrada el arte y la lite-

ratura, tanto como insulta la moral. Para atestiguar en la novela actual el reinado del sensualismo, no necesito mas que la lengua que en él se habla, y las fórmulas que en él se consagran. ¡Cosa notable! Cuando se llega á estudiar un poco la lengua que hablan los mas afortunados de vuestros novelistas, á pesar de su afectacion de misticismo, su culto de lo ideal, y sus aspiraciones hácia lo infinito, se deja ver el sensualismo que se abre paso por todas partes bajo la máscara de un espiritualismo mentiroso. Ellos hablan de lo ideal, ellos lo saludan, ellos lo invocan: pero no os dejes engañar; su ideal no es mas que una carne idealizada, que aparece dentro de una nube, envuelta, para seducir mejor, de flores de poesía. Ellos hablan de lo infinito; y al ver esta palabra que se produce por todas partes, los creéis tal vez profundos metafísicos y austeros contemplativos: os engañais; *su infinito* no es mas que una naturaleza risueña, rodeada de perfumes, de fiestas y de deleites; y la necesidad que tienen de poseerla no es mas que una sed de gozar que no conoce límites. Ellos hablan de misticismo: y sus místicos ditirambos afectan elevaciones, que no conocieron ni aun los mas sublimes de nuestros ascetas. Pero id con tiento: sus pretendidas elevaciones no son sino juegos poéticos, que hacen caer otra vez mas bajo en las ignominias de la carne sus angélicas contemplaciones y sus platónicos amores.

Así es, que nuestra lengua, eminentemente espiritualista, se admira con razon de un estilo singular, en el qué se dicen las cosas del alma y del espíritu con palabras, que nuestros mayores reservaban para expresar las cosas del cuerpo y de la materia. ¡Qué transformacion! mas bien debiera decir, ¡qué perversion de language!... En él, los deberes son instintos; las afecciones concupiscencias, y los sentimientos apetitos. El amor se llama un calor; la voluntad un magnetismo; la inteligencia una electricidad; el pensamiento una chispa. El alma viene á ser no sé qué vapor flúido y qué sutil emanacion del éter universal: hasta al espíritu se le hace materia. En él, el espiritualismo es sensual, el misticismo es lascivo, el sensualismo corre en abundancia; y podemos aquí exclamar con san Agustín: « El hombre, que debía ser espíritu hasta en su carne, se ha vuelto carnal hasta en su espíritu: *« Qui futurus erat in carne spiritualis, factus est in mente carnalis. »*

Si tal es la literatura de vuestras novelas, ¿qué dirémos de la literatura de vuestros teatros? Yo oigo decir, que el teatro es una escuela de costumbres. Así se ha dicho siempre. ¿Y cuando lo ha sido? No lo sé. Pero sea lo que fuere del teatro en general, no dudo en afirmar, que si nuestro teatro, tal como lo hemos hecho para responder á las aspiraciones de este tiempo, es una escuela de costumbres, es ántes que todo, una escuela de costumbres sensuales. Dejemos á parte las escenas inmundas y verdaderamente inmorales, que la generacion presente ha sido llamada muchas veces á contemplar en el teatro: representaciones osadamente lúbricas, en las que el actor prepara y el espectador va á buscar emociones, que hacen llorar á los ángeles, y morir nuestras virtudes; espectáculos horrorosamente innobles, inventados por un ingenio impúdico, para lograr conmover, con la grosería de la emocion, hasta los corazones estragados y los sentidos insulsos.

Yo no quiero hablar sino de lo que vosotros admitis generalmente como tolerable, cuando no sea como enteramente honesto. Pues bien, yo digo que en esto tambien, en ese drama contemporáneo admitido por el siglo, el sensualismo os penetra, se apodera de vosotros. El drama contemporáneo es el sensualismo en forma dramática, y mucho mas aun, el sensualismo en el fondo del drama.

Por cierto, señores, el teatro, aun cuando está circunscrito dentro de los límites de la decencia social y de la verdad moral, es muy á propósito para desarrollar en los hombres, hasta el exceso, las tendencias sensuales. ¿Qué será, pues, cuando todo, tanto en la forma como en el fondo, se ha inventado para la emocion, y coordinado con todo el poder del arte para la satisfaccion de los sentidos?

Y si nó, ¿qué es lo que veis con tanta frecuencia en el teatro, tal como os lo hace el siglo? Dejo á parte los prestigios de la decoracion, de los trages, de las actitudes y de los cuadros vivos; en una palabra, el sensualismo de la forma. ¿Qué veis de ordinario en el fondo de esos dramas, creados para daros lecciones de virtud? Casi siempre la pasion que triunfa de la conciencia, el vicio que insulta la virtud, el cuerpo que triunfa del alma, la sensacion de la idea, y el instinto del deber. ¡O caida de nuestras costumbres! ¡ó triunfos del sensualismo!... Allí, vuestros dramaturgos no se han avergonzado de mostrarnos rebajado hasta las proporciones del instinto, lo que hay de mas puro, de mas

grande y de mas sagrado en el hombre despues de Dios: el amor paternal, el amor maternal, el amor filial. Allí, un ingenio degradante ha expuesto á vuestra vista, sin escandalizar bastante vuestras almas, padres y madres perdiendo, al mismo tiempo que la dignidad y la majestad del deber, la auréola de su paternidad; y amando á sus hijos por pasion é instinto, casi, (me avergüenzo de decirlo) como los animales aman á sus hijuelos. En fin, por todas partes, el juego grosero de la impresion de los sentidos, substituido al juego profundo de las pasiones y de los sentimientos del alma.

En otros tiempos, para hallar en el teatro coronas y ovaciones, era preciso ser hombre de talento: el gran siglo exigía allí lo que caracteriza las obras maestras del espíritu; la revelacion profunda de los secretos del alma y de los misterios del corazon. Los tiempos son bien diferentes. Desde que el sensualismo dramático lleva la prima en vuestros teatros, ha sido suficiente la mediocridad para obtener la gloria. ¡Sucesos fugitivos, dados por un dia y quitados por otro! ¡triumfos no merecidos, glorias indecorosas, que la posteridad no consagrará nunca, porque llega un dia, y este dia llega pronto, en qué la humanidad, mirándose á sí misma y colocándose otra vez en su dignidad ultrajada, huella con un pié desdeñoso esos ídolos de la víspera, y condena al olvido obras que no tienen ningun derecho á la inmortalidad, porque nada tienen de lo que priva de morir las obras maestras: como son, el esplendor de lo verdadero, la manifestacion de lo bueno, y la revelacion profunda de los misterios del hombre!...

Pero, señores, el sensualismo contemporáneo ha tenido en nuestros dias una manifestacion todavía mas elocuente: ella ha venido de donde debíase ménos esperarla, de la religion misma. Al soplo que ha pasado sobre nuestras generaciones, una religion ha nacido, que nuestros padres no conocian: la *religion del sentimiento*. Un autor, que hizo algun ruido, publicó al principio de este siglo una obra, cuyo titulo anunciaba y cuyo fondo desenvolvía estas aspiraciones del tiempo, y se intitulaba: *el Sentimiento religioso*. En él se enseñaba una religion cómoda, en la que el solo sentimiento era el fondo, miéntras que lo demas, es decir, el dogma, el culto y los preceptos eran un simple accesorio: cubierta grosera, decía el autor, que los pueblos hacen y des-hacen conforme les parece. En una palabra, la necesidad de sentir

reemplazaba en ella la necesidad de creer y la obligacion de practicar, y el sentimiento religioso era toda la religion.

Esa necesidad de sentir, de conmoverse, se habia hecho tan universal y tan imperiosa, que hubo momentos en qué pareció que queria invadir la religion del sacrificio y de la mortificacion; y si nosotros, fieles á las tradiciones del Calvario, no hubiésemos estado allí, armados con la cruz de Jesucristo para detener el sensualismo en los umbrales de nuestros templos y de nuestros santuarios, hubiera venido este á pedirnos, hasta delante de los altares del Dios crucificado, armonías como sus armonías, espectáculos como sus espectáculos, y una palabra como su palabra. Él hubiera pedido aun á la austera predicacion del Evangelio, que conspirara con esa fragilidad del siglo, y que sobre todo se hiciera un instrumento de sensaciones, de vibraciones y de estremecimientos. ¿Y por qué no? el siglo estaba decidido á querer, aun en las cosas del espíritu, del cielo y de Dios, la emocion por lo ménos, la emocion á cualquier precio, siempre la emocion. Se soñaba un cristianismo, en el qué nada absolutamente aparecía de cristiano; cristianismo, ménos la austeridad cristiana; cristianismo, ménos el sacrificio cristiano; cristianismo, ménos Jesucristo: cristianismo sensual; pretendiendo fantásticamente reunir en un culto casi voluptuoso todos los desvanecimientos de la tierra con todos los desvanecimientos del cielo... ¡Habíase persuadido el tal autor que, para hacer aceptar la religion, llamada otra vez por el instinto religioso que habia sobrevivido á los excesos de la impiedad, era preciso presentarla, como una poesía celestial llena de encantos sagrados, á unas almas enflaquecidas que no buscaban en el cristianismo sino una correspondencia de mas á la necesidad que tenian de sentir, de conmoverse y de distraerse! Religion de los poetas, de los artistas y de los amantes de lo ideal, que aparecía, á través de no sé qué luz dudosa, como una fantasía sentimental, una dulce melancolía, y una vaga aspiracion á la patria en las tristezas del destierro.

Esas tendencias han producido un fruto, que no es enteramente un fruto del mas puro cristianismo, *el sentimiento religioso, ó la religion del sentimiento*. Así es, que para un gran número de gentes de este tiempo, la religion, cuyo destino es penetrar en el fondo de todas las realidades de la vida, para gobernarla acá en la tierra conduciéndola al cielo; la religion, digo, no es otra cosa que una aspiracion, un instinto,

una necesidad, un sentimiento. Ya no se dice de un hombre: Él cree en la religion, él practica la religion; se dice: Él tiene sentimientos religiosos; y cuando la jóven desposada, que ha crecido en la fe y la práctica del cristianismo, formándose á la imágen de Jesucristo crucificado y de la Virgen inmaculada, pregunta á su madre si el hombre, que se la destina, tiene como ella la fe y la práctica de la religion de Jesucristo, ¿qué es lo que le dice la madre para calmar esas tan justas alarmas? Ella le dice: Consuélate, hija mia, *él tiene sentimientos religiosos*.

Si el sensualismo nos viene de la religion, es decir, de lo que hay de mas esencialmente espiritualista, ¿qué podíamos prometernos de las otras manifestaciones de nuestras costumbres contemporáneas? ¿qué podíamos esperar de vuestras tertulias, de vuestros bailes, de vuestras danzas y de todos esos placeres de poca entidad, brillantes y retozones, que se llaman la vida mundana?... ¡Ah! ¡lo que podíamos esperar, es lo que nos han dado: el sensualismo, pero el sensualismo sin medida y sin pudor: el sensualismo provocador, inmoral, en fin, que atestigua y precipita á la vez la caida de nuestras costumbres y la degradacion de nuestras almas!

¡Se dice, señores, que á la vista de vosotros mismos el despotismo del siglo consagra en el traje de vuestras mujeres y de vuestras hijas ciertas osadías, que hubieran asombrado el pudor de vuestros padres! ¡Se dice, que ciertas desnudeces, reprobadas por la moral aun mas de lo que son autorizadas por la moda, no son ya un embarazo para vuestros ojos que se han hecho audaces! ¡Se dice, que se encuentran padres y madres, quienes sojuzgados tambien por el poder de la preocupacion, permiten á sus hijos, arrastrados por torbellinos sensuales y deslumbradores, actitudes, posturas, aproximaciones, contactos (yo iba á decir con un predicador ilustre, *enlazamientos*), que divierten á los viciosos y comprometen á los inocentes! ¿Lo oís, señores? que divierten á los viciosos y comprometen á los inocentes!...

¡Tengo que pararme!.. La corrupcion del siglo encadena mi discurso: es el carácter de un siglo profundamente vicioso, no permitir que se haga sentir á los oidos lo que él se atreve á poner de manifiesto á la vista por todas partes, y extrañar que uno se atreva á decir lo que él no teme hacer. Y sin embargo, cuando el siglo se atreve á hacer tanto para la depravacion de nuestras costumbres y la decadencia de la

sociedad, es muy del caso que el apostolado se atreva también á algo para el progreso de la sociedad y la mejora de nuestras costumbres. No: ¡no es posible, que á la vista de costumbres, que acaban de raíz con el pudor, que destruyen el respeto y depravan á los hombres, se calle el apostolado como un centinela mudo!... No, señores, no: tales no son nuestras tradiciones. Delante de los grandes desórdenes del siglo habló Crisóstomo, habló Ambrosio, habló Bernardo, habló Bourdaloue, habló Bossuet: y por pequeño, por flaco que yo sea, sin tener nada de la autoridad de esos nombres ni del poder de su enérgica palabra, me siento en el mismo deber; y con la ayuda de Dios, delante del vicio que se manifiesta, me siento el mismo valor, y os digo, al concluir: ¡Alerta! el sensualismo es la decadencia; y vuestras diversiones, vuestros juegos, vuestros espectáculos, vuestras costumbres en fin, son el sensualismo.

Y sea lo que fuere de los progresos del mundo, nosotros somos lo que somos: ¡nosotros somos cristianos! ¡Ay de nosotros, si levantamos con nuestras manos, é incensamos con nuestras costumbres el ídolo del paganismo! Acordáos que vosotros adorais al Dios que nació en Belen, al Dios que murió en el Calvario. ¿Qué dirían los paganos si nos vieran danzar al rededor del pesebre y de la cruz, danzas y rondas renovadas del paganismo, y mas dignas aun de Cítères y de Páfos que de Belen y del Gólgota? ¡Ah! pensad en vuestra cuna, fijad la vista en nuestro estandarte, y recobrad vuestras tradiciones! Quitad esos placeres indignos de vosotros. Desterrad de vuestros salones esas diversiones que insultan á Jesucristo, dan la muerte á las almas, y aumentan ese sensualismo que nos conduce al abismo. Haced que vuestra modestia sirva de espectáculo á todos: *modestia vestra nota sit omnibus hominibus*. Jesucristo está cerca de vosotros, y os contempla: haced por lo mismo que el mundo, que os contempla también, pueda decir al ver vuestros juegos y vuestras diversiones: Esos son cristianos: ¡mirad qué modestos son! Esos son los hijos del espíritu: ¡vedlos qué puros! ¡Cuan bella es su generacion, y cuanta gloria la rodea! *¡Quam pulchra est casta generatio cum claritate!*

CONFERENCIA CUARTA.

SOBRE LA CODICIA.

Señores: El primer obstáculo, que nuestro siglo opone á la marcha del progreso moral, condicion de todos los otros, es el sensualismo ó la concupiscencia de la carne. En mi última conferencia he demostrado, que todas las tendencias del sensualismo son por su naturaleza esencialmente retrógradas. El sensualismo, considerado en los elementos que constituyen su vida íntima, y en los fenómenos que la presentan al exterior, excluye por sí mismo la condicion suprema del progreso moral en nuestro actual estado, á saber, el *esfuerzo*. Ni la sensacion, ni la imaginacion, ni el sentimiento requieren ningun esfuerzo del hombre: por lo tanto, no pueden constituir en el hombre el resorte del progreso.

El sensualismo, impotente para el esfuerzo, y por esto mismo para toda clase de progreso, encierra positivamente principios de degradacion, y es la causa de tres caidas humanas, que se encuentran de ordinario en las épocas de decadencia: la caida del ingenio, por la impotencia de los verdaderos talentos para producir las cosas grandes; la caida de los caracteres, por la impotencia de los hombres para abrazar la abnegacion y el sacrificio; la caida de la castidad, por la impotencia de las almas para vencer los atractivos de la voluptuosidad. Así pues, por grandes que sean los esfuerzos de las teorías modernas para hacer del sensualismo un elemento de progreso, su naturaleza lo condena á no producir mas que decadencia.

Si está, pues, fuera de duda, que las tendencias del sensualismo son retrógradas, no es ménos cierto que las tendencias de nuestro siglo son